

“¡TE LO PERDISTE!”  
ACERCA DEL TERREMOTO Y DE SUS ELABORACIONES

*Esteban Radiszcz y Andrés Bralic*

ESTEBAN RADISZCZ

Psicólogo, Psicoanalista. Doctor en Psicopatología y Psicoanálisis, Université Paris Diderot. Académico del Departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

ANDRÉS BRALIC

Psicólogo, Psicoanalista. Magíster en Psicología Clínica con Adultos, Universidad de Chile. Psicólogo Clínico del Equipo Adultos del COSAM de Maipú.

## I

NINGUNO DE NOSOTROS VIVIÓ el terremoto en carne propia, es decir, en la conmoción de nuestros propios cuerpos. Por el contrario, fuimos espectadores relativamente lejanos de un bombardeo de imágenes televisivas y de comentarios iterativos que, más allá del horror que buscaron mostrar, terminaron siendo banales por su efecto de repetición incesante. Esa fue nuestra experiencia de aquel 27 de febrero en el que hurgamos con ansia alguna novedad que nos tranquilizara, hasta lograr comunicarnos con nuestros familiares y amigos: afortunadamente, ¡todo bien, ninguna desgracia que lamentar!; lamentablemente, ¡está todo en el suelo, parece país en guerra!

De vuelta en Santiago: la completa subversión de nuestras impresiones forjadas a punta de informativos televisivos. Mucho de lo horroroso no parece serlo tanto ahora, mientras que situaciones silenciadas toman dimensiones francamente espeluznantes. Viajes a Concepción, Talcahuano o Dichato para encontrarse con la más desoladora destrucción material y social. La visión aterradora de familiares y amigos armados hasta los dientes para protegerse de supuestos enemigos que días antes habían sido amables vecinos. El pillaje, la desmesura, la desconfianza, la violencia y el acaparamiento se procuran conjurar mediante heroísmos infantiles, altruismos más que sospechosos, ingenuos llamados a la esperanza e, incluso, la militarización del territorio.

Nos sorprendió que nuestros cercanos, conocidos y no tan conocidos no hicieran otra cosa que hablar del terremoto. En la casa, en el trabajo, en el café y en la parada de autobús, las personas hablaban y hablaban del terremoto y de sus diversos correlatos. Lo único que silenciaba ese hablar eran las réplicas que, una vez terminadas, eran registradas como un elemento más para ser incluido en los relatos.

Nos llamó la atención que, en su gran mayoría, se trataban de narraciones profundamente experienciales, en primera persona, describiendo espacios, recorridos, sensaciones, posiciones corporales, sentimientos, ideas fugaces. Eran descripciones sumamente subjetivas del terremoto, siempre singulares y relatadas muchas

veces a distintos interlocutores e, incluso, a un mismo y único interlocutor. Toda conversación era siempre buen espacio para repetir una y otra vez estas vívidas narraciones.

Frente a esos diversos relatos, los nuestros parecían pequeña cosa. Visto desde la distancia, no habiendo vivido el terremoto en nuestros propios cuerpos, nuestra experiencia se nos aparecía como extranjera. Nuestras palabras quedaban fuera, parecían extirpadas, no acogidas en el vociferante ejercicio lingüístico que inundó todos los rincones del estremecido territorio. De hecho, en ocasiones se nos subrayó, no sin que en ello se filtrara una insólita compasión, que no habíamos asistido a la experiencia: “¿Y tú? ¿Dónde estabas para el terremoto?” –“Bueno, yo no estaba...”–. “¡Ah, te lo perdiste!”. Sin duda, otras veces, los comentarios tomaron una forma más considerada, expresándose en un: “¡Ah, te salvaste!”. Pero en sus dos versiones, esas inocentes sentencias sancionaban con claridad aquella insólita sensación de exclusión que nos embargaba.

Pero ¿por qué esa sensación de exclusión? ¿Por qué si la experiencia fue ingrata, habría en nosotros una inclinación a sentirnos descontentos? Una alternativa podría ser que, en el fondo, lamentamos habernos restado de todo el peso traumático de aquel evento. No obstante, de ser así, deberíamos suponer la existencia de misteriosas fuerzas demoníacas en virtud de las cuales nos encontraríamos impulsados a buscar experiencias de dolor, angustia o terror. Sin duda, no podríamos descartar del todo esta oscura compulsión que, en 1920, Freud identificó precisamente a propósito del trauma para formular su noción de pulsión de muerte. Sin embargo, existe un elemento que no parece estar en completa sintonía con esta posibilidad, a saber, que nuestro sentimiento de extranjería se encontraba en estrecha vinculación con aquella sentencia a veces escuchada en boca de nuestros amigos, colegas o parientes: “¡te salvaste!”, “¡te lo perdiste!”.

Pero ¿qué es lo que nos perdimos? El terremoto no fue en modo alguno un suceso social al modo de un concierto de rock o la visita de algún ilustre. Muy por el contrario, se trató de una catástrofe, de un evento inesperado que en la mayor parte de las personas fue vivido con terror. ¿Habría en esa sentencia de pérdida algún sombrío deseo encaminado a esperar que nosotros también hubiésemos sido presa del pavor? Es posible que dicha inclinación hostil pueda estar presente en alguna persona, pero sería difícil colegir aquel amargo deseo en el conjunto de aquellos que de una u otra manera formularon la mencionada sentencia. Además, no se trata únicamente de la expresión de la sentencia, pues es también cuestión de nuestro sentimiento de exclusión de la vivencia. ¿De qué nos perdimos, entonces? O, si se nos permite el juego de palabras, ¿de qué manera nos perdimos en aquello de lo que nos perdimos?

Para desentrañar esta situación, por decir lo menos extraña, parece provechoso interrogar lo más evidente, a saber, aquello de lo que concretamente nos perdimos. Examinar, entonces, aquello que se despliega en la vivencia de la catástrofe y preguntarnos por lo que, en ella, se constituye como traumático. Es posible que la interrogación por el trauma convoque cierta perplejidad. Es que, ¿acaso un desastre como el terremoto no es en sí mismo un evento traumático? En efecto, por paradójico que parezca, la condición traumática no reside en los acontecimientos en cuanto tales. A decir verdad, la perspectiva que identifica el trauma a los hechos mismos no solo es ingenua, sino que deja completamente inexplicado el hecho que un mismo evento resulte traumático para una persona y no lo sea para otra. Es más, no es difícil percatarse que lo que constituye trauma para una sociedad o un segmento de lo social, no necesariamente es lo mismo que lo que se realiza como traumático para otra sociedad o segmento de la misma.

Sin duda, podríamos abordar la larga discusión que, desde mediados del siglo XIX, se ha desarrollado en torno a la cuestión del trauma. Sería la oportunidad de examinar las interesantes polémicas que el problema de lo traumático ha estimulado tanto en la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología, como en la antropología, la historia o la sociología. No obstante, sería una empresa en extremo extendida y solo nos entregaría consideraciones en el plano especulativo. En tal sentido, hemos preferido aproximarnos al asunto por la vía de la experiencia que, por nuestro oficio, nos resulta más a la mano, a saber, la clínica y, específicamente, la clínica de primeras entrevistas con personas que consultaron a propósito del terremoto.

## II

Como era de esperar, el terremoto produjo un significativo aumento de consultas a profesionales de la salud mental por dificultades emocionales que habían aparecido en asociación al evento. Entre ellas, un número importante eran aquellas movilizadas por niños y niñas con abundantes síntomas ansiosos, con temores nocturnos y con problemas para conciliar el sueño; pequeñas y pequeños que no querían dormir solos y que, en consecuencia, solicitaban con insistencia volver a la pieza de sus padres; neños y nenas con dificultades para ir al colegio o que temían alejarse de sus familias por miedo a que le sucediera algo a sus padres mientras ellos se encontraban en sus escuelas.

Esto último resulta interesante pues, desde el sentido común, se podría pensar que los niños y niñas necesitan fundamentalmente protección, y que las ansiedades experimentadas tendrían que ver con encontrarse solos y amenazados de indefensión. No es que lo anterior sea falso, pero aquello que las pequeñas y

pequeños expresaban de manera insistente fue su preocupación por cuidar de los padres. Sus miedos, aquellos que ellos mismos lograban formular, giraban con una regularidad importante en torno a aquello que les pudiere llegar a suceder a sus seres queridos.

En este sentido, nos llamó la atención el modo en que ellos organizaban sus relatos sobre el terremoto. Generalmente se encontraban durmiendo, por lo que no sabían muy bien lo que estaba sucediendo, apareciendo de manera frecuente la idea de que el problema residía en que “fue mi primera vez”. La mayor parte de las narraciones que nos contaron se orientaban a buscar en los padres el sentido de dicha primera experiencia, quedando en primer plano aquello que había dicho el padre o la madre al sacarlos de la cama, cómo estos reaccionaron, con cuánto miedo, etc.

Lo anterior es relevante para los asuntos que nos ocupan, pues difícilmente se le puede temer a algo sobre lo cual no se ha tenido noticia respecto de su capacidad para ser causa de miedo. Como dice el dicho: “el que nada sabe, nada teme”. En consecuencia, en el caso de estos niños y niñas ¿qué es aquello que opera como fuente de temor? ¿Qué es aquello que puede llegar a tener el peso de lo traumático? A partir de las entrevistas que pudimos tener con nuestros pequeños consultantes, lo temible, aquello potencialmente traumático, no parece haberse encontrado en el hecho mismo. Por extraño que parezca, no existe necesariamente una cualidad consustancial al evento que lo haga en sí mismo traumatizante, sino que es aquello que le sucede a los padres lo que, para los niños, confiere al hecho el peso de lo traumático.

Consistentemente, es posible pensar que un buen número de las problemáticas que, a propósito del terremoto, niños y niñas trajeron a la consulta, constituían intentos (infantiles, por cierto) orientados a restituir a un adulto (padres, familiares, cuidadores) en un lugar que al pequeño o a la pequeña le confiriera seguridad, mientras que la angustia daría cuenta de las dificultades encontradas para lograr esta restitución. Es, al menos, lo que pudimos escuchar en las palabras de una niña que a meses del terremoto consultaba por dificultades para dormir sola y que, en la entrevista, recordaba angustiada el momento cuando su padre la toma en brazos para sacarla de la casa y se tropieza golpeándose las rodillas. Para ella, todo el temor por el terremoto y el consecuente retorno a la cama de los padres, se concentraba en el terror que experimentó al ver sangrar la rodilla herida de su padre: los cimientos de su casa no temblaron antes que temblaran los cimientos de su existencia sostenida sobre las rodillas del padre.

Evidentemente, esto no resulta muy original. Se trata, sin duda, de lo que Freud (1896, 1939 [1934-38]) subrayaba al indicar que la eficacia traumática no reside tanto en la vivencia como en los efectos (de sentido o de sin sentido) que

en función de ella se promueven a partir del recuerdo. Asimismo, años más tarde Lévi-Strauss (1949) insistía en que el poder traumatizante de los eventos no reside en las situaciones mismas, sino en el hecho que al momento de ser experimentadas el sujeto inmediatamente las percibe bajo la forma de mito vivido.

No obstante, resulta relevante volver a estas consideraciones no solo porque ellas se reencuentran en la singularidad de las palabras de nuestros niños y niñas luego del terremoto, sino también porque ellas nos permiten mantener distancia de los efectos (perniciosos) de la ideología securitaria dominante que, aprovechándose del sentimiento de horror, promueve la consideración de la realidad de manera masiva mediante la identificación del trauma al evento para impulsar un régimen anónimo de control de riesgos y un sistema de prevención uniformizante (Cf. Castel, 2003). Con ello, no solo se escamotea la dimensión histórica –y, por lo tanto, singular– del trauma, dejándolo además aislado de su dimensión social; sino que también se deja totalmente invisibilizada la cuestión sobre las condiciones del Otro en la determinación de la eficacia traumática de la vivencia.

En efecto, si muchos de los relatos de niños y niñas sobre el terremoto estaban atravesados por una referencia fundamental a los padres, ello necesariamente orienta nuestra reflexión hacia aquello que en el Otro (padres, cuidadores, adultos, pero también la Ley, la Cultura, el Estado) resulta determinante a la hora de admitir un hecho, en ocasiones incluso circunstancial, como traumático. En tal sentido, resulta interesante que, en los casos donde los pequeños y pequeñas presentaron serias dificultades para elaborar algún discurso en torno a sus experiencias, nos pareció encontrarnos con padres que no estuvieron ahí donde se los esperaba. Es decir, padres a los que no les fue posible otorgar algún sentido a la vivencia de sus hijos e hijas, ya sea por el propio miedo y angustia frente a lo que estaba sucediendo, ya sea por casual o franca negligencia; o sea, padres para los que, por una u otra razón (justificadísima la inmensa mayoría de las veces), la prioridad frente a la crisis fue otra. Pero también fue el caso, completamente contrario, de padres en exceso presentes, incluso al extremo de ser invasivos, llenando las sesiones con sus vivencias, negando o ignorando los recuerdos del niño, no dando lugar a la palabra de sus hijos.

En ambas situaciones, sea por sustraerse o por atiborrar, el Otro cae en su función, mientras que el niño deja de encontrar en él el lazo que le permitiría anudar su experiencia, desatándose la angustia o, de manera aún más primordial, el desamparo. Precisamente, Freud (1926[1925]) destacaba esta situación fundante y fundamental de la *Hiflosigkeit* (estado de desamparo) del bebé que, en los inicios de su vida, se encuentra precisado de contar con el auxilio de un Otro protector que lo ampare, tanto frente a las exigencias del mundo, como frente a las demandas de su propio cuerpo. De este modo si el Otro se descubre, de

manera transitoria o de forma más duradera, imposibilitado de advenir a dicha función, entonces el bebé se expone sin resguardo a la violencia traumática de fuerzas que lo exceden y que, en lo sucesivo, buscará evitar mediante la angustia que las señala en el horizonte.

Años más tarde, Lacan (1962-63) prolonga estas observaciones y propone traducir la *Hiflosigkeit* freudiana por la más cotidiana expresión *sin recursos* para subrayar al menos dos aspectos que habían quedado desdibujados en la posterior discusión psicoanalítica. Por un lado, se trataba de distanciarse de la connotación altamente biologizante que había adquirido el término de desamparo, para reintroducir las múltiples evocaciones psíquicas y sociales que, bien presentes en Freud, parecen recobrase en la nueva traducción. Por otra parte, era cuestión de subrayar que las exigencias (externas o internas) implicadas en el desamparo no eran en modo alguno independientes del Otro, en la medida que resulta imposible considerar la exposición del sujeto a tales fuerzas sin considerar la dependencia inaugural del cachorro humano respecto del Otro. En efecto, no solo el Otro es parte integrante del mundo al que llega el bebé, sino que toda la relación que el pequeño mantiene con sus requerimientos corporales pasan por Otro materno que, a su vez, aborda el cuerpo del niño en función de aquello que le indica el Otro cultural.

Consistentemente, Lacan avanza que, en lo esencial, el sujeto se encuentra sin recursos frente al Otro o, más específicamente, sin recursos frente al deseo del Otro. Bajo la doble modalidad de su lejanía negligente o de su cercanía invasora, el Otro caído de su función emerge para el sujeto como incommensurable, inaccesible, incapaz de otorgarle recursos para su reconocimiento. Pues, como consecuencia de su radical dependencia respecto del Otro, el advenimiento del bebé al lugar que le corresponde como sujeto, depende de su reconocimiento en tanto sujeto por parte del Otro, en el deseo del Otro. Se desprende que, caído de su función, el Otro reconduce al sujeto al lugar de objeto (prescindible u explotable), lo cual dice suficiente respecto de la posición de aquel que se confronta a la violencia del trauma: la padece, se vive como objeto a su merced.

Paralelamente, aunque de manera algo diferente, Donald W. Winnicott (1951, 1960) también destacaba estas dos figuras del Otro en aquello que, en el seno de la temprana relación entre madre e hijo, tiene lugar de eficacia traumática. Contrariamente a lo que el discurso dominante sostiene e incluso promueve, subrayaba que la posibilidad de una existencia creativa (y, por lo tanto, singular) en el mundo, depende de la adaptación de la madre (y del ambiente que ella representa) al niño. En tal sentido, subraya que, en aquellos tempranos momentos del desarrollo emocional, la función del Otro materno se juega en la aceptación de la creatividad del pequeño que se expresa en su gesto espontáneo. Dicha acomodación del Otro a las expresiones del infante, le otorga sentido a la vitalidad



del bebé, proveyéndole una continuidad a su existencia que, sostenida sobre la ilusión, le permitirá confrontarse paulatinamente a la inevitable desilusión implicada en el progresivo reconocimiento de la realidad.

Pero si, por el contrario, el Otro no responde al gesto del bebé o si, frente a este, resuelve imponer su propio gesto, entonces será el infante el que se verá obligado a adaptarse, condenando la naciente subjetividad infantil a la disecación o a la alienación. En efecto, el Otro ausente que no acoge la experiencia infantil promovería en el bebé una pérdida en su vitalidad que induciría un profundo quiebre en la continuidad de su existencia, experimentada como una agonía disecante. A su vez, el Otro invasivo que impone sus propios términos en la hora y el lugar mismos de la expresión infantil, compele al infante a asumir el gesto del Otro como gesto propio, precipitando una existencia vacía sostenida por un *falso self* construido sobre una adaptación alienante. Dos figuras del Otro en el trauma que el pediatra y psicoanalista inglés pudo presenciar de manera, incluso, sobrepuesta en los pequeños pacientes aquejados de *hospitalismo* en los Servicios de Pediatría durante la Segunda Guerra, quienes no solo estaban desamparados frente a un Otro, transitoria o definitivamente ausente, sino que al mismo tiempo se encontraban sin recursos frente a la invasión autómatá de un Otro medical únicamente ocupado en la precisión de su gesto técnico.

Estas dos configuraciones del Otro en el trauma no conciernen únicamente al Otro materno o al Otro parental. A decir verdad, ellas también pueden ser reconocidas en la trama social y nuestro terremoto parece haber dado cuenta de ello. En efecto, a pocos días del movimiento telúrico fuimos testigos de un Estado negligente, de empresas irresponsables, de una sociedad que, una vez más, se mostraba indigente ante sus inequidades. En un país sísmico, cayeron las edificaciones, se cortaron las comunicaciones, fallaron los procedimientos de emergencia, no se avisó a tiempo. Algunos se vieron librados a su propia suerte y otros quedaron en posición de absoluto desamparo frente a las ondulantes sacudidas de Treng-Treng y la serpenteante furia de Kay-Kay. A su vez, y más allá de la pertinencia o no de la intervención militar y de la declaración del estado de excepción, la presencia de militares armados y de tanques en las calles, así como del uso del toque de queda, nos arrojaron a fantasmas que creíamos enterrados: miedo al retorno de un Estado totalitario, invasivo, donde mujeres y hombres nos encontramos, hace no mucho tiempo, sin recursos frente a la violencia sistemática.

Pero al decir que las figuras del Otro en el trauma también se encuentran en el Otro social, no se pretende de ningún modo sostener una psicologización de lo social o una reducción del campo social al dominio psicológico individual. Estamos muy lejos de la posición que concibe a la empresa como una familia, al Estado como un padre o a la patria como una madre. Más bien se trata de subrayar aquello

que Freud (1921) pudo lúcidamente sostener al afirmar que no hay psicología individual que no sea, al mismo tiempo, una psicología social. Es que el trauma individual no parece ser de naturaleza distinta que el trauma social, pues el vínculo que une al sujeto con el Otro materno está hecho de la misma argamasa que aquel en virtud del cual el sujeto se enlaza con el Otro social. Y, como vimos, el trauma supone, precisamente, la existencia de una conmoción del lazo que reúne al sujeto con el Otro (más adelante, volveremos sobre este punto).

### III

En todo caso, resulta meridianamente claro que la eficacia traumática de un evento no parece tener lugar sin la complicidad de ciertas condiciones del Otro que, sea por su ausencia, sea por su exceso, dejan al sujeto sin recursos para catapultarlo al lugar del objeto. Pues bien, las consecuencias de ocupar el lugar de objeto no resultan para nada alentadoras, como bien parecen mostrarlo algunas de las vivencias que pudimos constatar en aquellas primeras entrevistas realizadas algún tiempo después del terremoto.

Por de pronto, fue lo que le sucedió a un funcionario de una empresa vinculada a la minería que, en aquella madrugada, se encontraba de turno trabajando bajo tierra en la mantención de maquinarias. Luego del estremecimiento de la tierra, quedó completamente incomunicado durante horas y en la más absoluta oscuridad por efecto del corte del suministro eléctrico. Imagen, sin la menor duda, aterradora de haber sido tragado por el Otro, frente a la cual comenta que la incertidumbre dio paso a la certeza de muerte. ¡Iba a morir! Mientras que, en la superficie, ¡su familia también iba a morir! Para él no fue posible hacer asociaciones. Aun si se las solicitamos e incluso si lo asistimos en el esfuerzo, él volvía sobre el mismo relato evenemencial de lo sucedido aquella noche. Al preguntársele por su historia o por sus seres queridos, le resulta difícil contestar. No hay conflictos. No hay recuerdos. Solo la iteración monocorde del evento y la intensa angustia que ha quedado fijamente vinculada al terremoto. No ha dormido en semanas y un intenso dolor en el pecho lo acompaña desde entonces.

El relato de este hombre –aunque resulta difícil llamar relato a su pálida reseña informativa de hechos–, nos recuerda vivamente lo que Walter Benjamin (1933) constataba en los soldados que retornaban del campo de batalla durante la Gran Guerra. Aquellos hombres, subrayaba el filósofo, regresaban mudos de las trincheras, sin palabras para dar cuenta de la escalofriante vivencia en donde todo lo conocido había cambiado a excepción de las nubes (es decir, lo que cambia constantemente).

Pero no sería asunto de indicar la condición inefable de la experiencia. Muy por el contrario, sería cuestión de destacar el radical empobrecimiento de la experiencia pesquizable en el seno mismo de la mencionada dificultad para ser transmitida. Es que la lengua, había tempranamente sostenido Benjamin (1916), está lejos de ser el instrumento de comunicación de una experiencia que ocurriría fuera de ella, sino que el lugar mismo en donde la experiencia tiene lugar en cuanto tal. Así, no se trata de la capacidad de ciertos eventos para dejarnos sin palabra –antes de la primera guerra, la humanidad ya había vivido episodios aterradores sin que por ello la experiencia haya dejado de ser transmitida de boca en boca. Se trata de la imposibilidad de un determinado suceso para advenir como experiencia gracias a su realización en y por el lenguaje que, desde Lacan, es una de las figuras cardinales del Otro.

En tal sentido, Wilfred Bion (1962, 1967) sostenía que la aptitud para aprender de la experiencia, reposaría en la capacidad de transformar los datos de los sentidos en materia apropiada para ser pensada, recordada, soñada. En otras palabras, la posibilidad de que lo simplemente experimentado se realice como experiencia, pasa por que el material en bruto del encuentro del sujeto con lo real sea transformado en elementos simbólicos, en significantes. En caso contrario, lo experimentado quedará como unidades indiferenciadas, imposibilitadas de entrar en asociación y, por eso mismo, inapropiadas para ser comunicadas.

Ahora bien, la realización de dichas transformaciones no solo depende de ciertas condiciones del Otro, sino que ellas mismas se realizan en el Otro. De acuerdo con Bion, en un comienzo ellas se realizan en el seno de las tempranas interacciones entre madre e hijo, donde el Otro materno recibe la vivencia del bebé y se la devuelve como experiencia transmisible. Contrariamente, si el Otro no consuma la mencionada función, no solo impide el desarrollo de dicha capacidad en el niño, sino que lo expone a la vivencia de un *terror sin nombre*, es decir a una experiencia inefable.

Nuevamente nos encontramos con que la eficacia traumática no depende tanto de los hechos mismos, como de las condiciones del Otro; es decir, de la articulación –o desarticulación– de los hechos en el Otro. Sin embargo, surge más claramente ahora un matiz que solo habíamos resaltado tangencialmente, a saber, que las condiciones del Otro por las que un evento deviene insalvable definen que, en el seno de lo experimentado, es el Otro mismo el que aflora como inasimilable. Sea porque en su silencio o en su retirada el Otro emerge al modo de una oscura garganta envolvente, sea porque en su masividad u omnipresencia el Otro irrumpe como el Abaddon, el sujeto se confronta a un Otro inaccesible, un Otro que no da lugar, un Otro total, un Otro totalizante o, por qué no, un Otro totalitario.

Esta totalización del Otro resulta particularmente sensible en la manera en extremo tecnificada por la que, contemporáneamente, se pretende abordar la problemática del trauma. En efecto, para Benjamin (1933), el empobrecimiento de la experiencia está lejos de ser una cuestión exclusiva de los soldados de la Primera Guerra. Muy por el contrario, se trata de un asunto que concierne a nueva forma de barbarie que se ampara de nuestra sociedad y que se ampara en el desarrollo de la técnica.

En tal sentido, la creciente medicalización del trauma y la promoción periodística del discurso experto para abordarlo, pudiesen llegar a constituir una franca prolongación del asunto. La construcción de categorías diagnósticas como el Post Traumatic Stress Disorder y la definición de fases características, terminan por eliminar la singularidad de la experiencia y reducir el sujeto a un objeto uniforme sobre el cual aplicar una tecnología igualmente invariable. El abordaje del trauma a través de sus correlatos neurofisiológicos y de conceptualizaciones bioecológicas, así como la utilización privilegiada y, en ocasiones, abusiva de medicamentos, exilian la palabra y, con ello, la posibilidad de la elaboración de una experiencia transmisible. En definitiva, como lo subraya Marcelo Viñar (2009), al enfatizar los efectos sobre el cuerpo dañado se remarca lo accesorio y se distrae de lo esencial, a saber, el efecto devastador sobre la estructura psíquica del afectado y de su entorno, tanto en la actualidad candente, como en el avenir de la transmisión transgeneracional.

Se indicará que tales perspectivas están lejos de despreciar el sufrimiento singular de cada sujeto, la relevancia del testimonio o la incidencia de la sociedad. Se subrayará la comprensión y apoyo entregados a la persona, el espacio dado a la expresión de lo vivido o la promoción de acciones orientadas al reconocimiento social. No obstante, ello no elimina de manera alguna el riesgo cierto de que, por la uniformización de la subjetividad y la marginalización de la palabra a la mera catarsis, la respuesta de tales perspectivas no reinstalen un Otro total que perpetúe el empobrecimiento de la experiencia.

A decir verdad, ni el uso de la expresión verbal, ni menos aún su eventual exigencia como parte de un procedimiento estándar, están en condiciones de conjurar una totalización del Otro. La cuestión es bastante más compleja en la medida que dicha totalización resulta particularmente sensible cuando se trata del Otro del lenguaje, pues el sistema de la lengua podría no dar cabida alguna a la historicidad del habla o, para usar términos lacanianos, la estructura del lenguaje bien podría no dar lugar alguno para el ejercicio singular de la palabra. Es que el Otro total no solo deja sin lugar al sujeto, sino que, por eso mismo, impide que el sujeto hable en su propio nombre, clausurando la posibilidad de hacer advenir la singularidad de su historia en la universalidad de la lengua. Pues el lenguaje no está a abrigo de

servir al fenómeno totalitario, ya que bien puede contribuir con el ejercicio de un discurso hegemónico que, tan unilateral como uniformizante, impida el despliegue de la palabra y proscriba la producción del pensamiento, el cual necesariamente implica que la primera –ni vetada, ni obligada– pueda ser dicha libre, espontánea y singularmente. ¡Afortunadamente, contamos con la literatura para revolucionar permanentemente la lengua! (Cf. Barthes, 1977).

#### IV

Pero dar lugar a lo singular en lo universal es precisamente lo que, en nuestra lectura, Benjamin (1936) parece haber reconocido como una característica central del arte de narrador, quien justamente se nutre de la experiencia –tanto propia como ajena– para narrarla desde sí, sin por ello segregarla o hacerla extranjera al Otro. Pues bien, no fueron pocos los casos donde el desenvolvimiento de la palabra en el espacio de la entrevista, redundaron en la elaboración de relatos sobre el terremoto que, articulándose en asociaciones que recorrían diversos estratos de la historia del sujeto, dieron lugar a narraciones en las que se rescataba lo singular de cada experiencia.

Paola, una mujer de 45 años, se ve muy intranquila. Acomoda frecuentemente su cuerpo en la silla y acompaña sus dichos con gesticulaciones excesivas, tanto en el rostro como en las manos. Ha solicitado una consulta pues luego del terremoto no ha estado bien. Explica que se ha visto envuelta en una “psicosis tremenda”. Piensa que en cualquier momento puede venir otro terremoto y no logra conciliar el sueño. “Me da susto dormir”, comenta. Relata que, en el trabajo, frecuentemente siente que tiembla sin que la tierra se haya movido, alterándose ella e inquietando a sus compañeros. Indica que preferiría estar muerta a tener que seguir viviendo esta situación, mientras agrega que su marido le reclama vida íntima, pero que ella no puede, le es imposible, no logra concentrarse en un estado así.

Se trata de un cuadro ansioso derivado del terremoto. ¡Qué duda cabe! Pero eso, acaso, ¿no nos desvía de lo esencial? Es necesario más espacio para sus palabras. Se le pregunta si tiene alguna idea respecto de la razón por la cual un evento de esta naturaleza ha tenido como consecuencia estos efectos en ella. Entonces, Paola, empieza a recordar.

Dos eventos de su infancia vienen a su memoria. Ambos ocurren en periodo de vacaciones o al regreso de estas. El primero es de los 6 años de edad. Es una pelea con sus hermanos, donde ella recibe un reto bastante fuerte. Triste y molesta, sale de la casa y se tira en el pasto del patio. Apoya el oído en el suelo y escucha un

ruido. Luego, la tierra tiembla. Señala que en ese momento pensó: “Dios me está castigando por lo que hice”.

Para el terremoto del 85, Paola volvía de vacaciones. Recuerda que había salido a comprar pan cuando sintió nuevamente el ruido. Se desmaya. Entonces, su relato vuelve al reciente terremoto. Nuevamente se trata de escuchar ruidos (de la tierra). Son estos los que fundan su angustia.

Para el 27 de febrero, ella estaba en una de las comunas más afectadas. Volviendo de vacaciones, pasan a visitar a su madre. “Soy muy apegada a ella”, subraya. Allí vive el terremoto, los cortes de luz, las dificultades derivadas de los saqueos. Se siente muy insegura, experimentando la sensación de una amenaza constante.

Al sacudirse la tierra, su primera reacción fue la de asistir a su hija. “Busqué ropa para afirmarla” –dice– y, abrazada a ella, recuerda haber pensado: “Esto ya va a pasar... Diosito, ¡por favor que esto ya pase!”. Explica que siempre ha sentido que su hija, su única hija, es de su completa responsabilidad. Se le invita a hablar más de ello, frente a lo cual se define a sí misma como “el pilar y el puntal de la casa”. “Siempre he sido la más firme” –aclara–, indicando que su marido es más bien pasivo y que habitualmente es ella quien toma finalmente las decisiones. Apoya sus palabras por el relato de variadas situaciones en las que “cuando él quiere, yo no” y en donde, definitivamente, se hace lo que ella dice.

Esta posición –ser pilar, puntal–, en función de la cual Paola se define, proviene desde su tierna infancia. “Siempre he sido el hombre de la casa” –dice–, “el apoyo de mamá” –agrega más adelante. Siendo la hija mayor, su padre muere cuando ella tenía 6 años y, desde aquel momento, se ve llamada a ocupar el mencionado lugar de apoyo fundamental.

Se le señala, entonces, la coincidencia de edad entre el episodio del primer temblor y la dolorosa muerte de su padre. Paola se sorprende y un giro se produce en la entrevista. La ansiedad desaparece, se queda quieta en la silla, para de gesticular, baja los brazos y llora desconsoladamente. Comenta que no había logrado llorar desde hacía mucho tiempo. Siempre ha intentado ocultar su temor y su angustia, ya que se supone que ella es la fuerte y la firme.

Finalmente, Paola se pregunta si todo esto –la muerte del padre, su lugar en la familia– tendrá alguna relación con su actual estado post terremoto. Es un comienzo –¡un buen comienzo, sin duda!–, pero es solo el inicio. Aún queda un largo camino por recorrer, por lo que se le ofrece comenzar un tratamiento.

Cuando aquí se sostiene que la eficacia traumática no depende tanto de los hechos, como de las condiciones del Otro que presiden a los eventos, ello en modo alguno pretende menospreciar la fuerza e, incluso, la violencia real de los acontecimientos, particularmente de las catástrofes. La tierra se estremeció. ¡Qué duda cabe! Y lo hizo con particular furia, enfrentando a nuestro pueblo con la

experiencia colectiva de fin de mundo, dejando nuestros quebradizos cuerpos a la merced de las fuerzas desatadas de la naturaleza. No obstante, ninguna catástrofe ocurre fuera de un contexto que, para el caso de nuestro terremoto, no es ajeno a la ideología securitaria dominante por la cual se induce en esta sociedad la búsqueda perpetua de protección, control y garantía. Si el terremoto caló tan profundamente en nuestras almas, ello no solo se debe a que su fuerza destruyó casas, edificios y puentes. También derrumbó nuestra porfiada ilusión de dominio bajo la cual la sociedad moderna encubre un sinnúmero de incómodas incertezas e incertidumbres. En tal sentido, las sensaciones de desprotección, de inseguridad, de descontrol, que siguieron al terremoto, resultan directamente proporcionales a las expectativas securitarias sostenidas. Tal y como R. Castel (2003) lo señala, en estas condiciones estar protegido no es instalarse en la certeza del dominio de todos los riesgos de la existencia, sino que hallarse acorralados por sistemas de seguridad que, siendo construcciones complejas y frágiles, conllevan en sí mismas el riesgo de fallar y de malograr las ilusiones que promueven.

En el caso de Paola, la situación no es muy distinta. Ciertamente, el temblor de sus 6 años, el terremoto del 85 y los tristes sucesos de hace un año, dan cuenta de una violencia real que, bajo la figura de un ominoso ruido del averno, resulta difícil de asimilar. Sin embargo, lo que el terremoto estremeció en Paola no parece haber sido exactamente los cimientos de la casa en que se encontraba, sino más bien el pilar en el que ella se reconoce y en el que funda sus propios cimientos subjetivos. Sin la firmeza de aquel pilar por el que encuentra su lugar en el Otro (la familia, la madre, el marido) y por el que toma posición frente al Otro (como puntal, firme, decidida), Paola queda reducida a no ser más que un frágil cuerpo, jibarizada a un pasivo oído invadido por el tétrico ruido de su infancia, el cual bien parece ser el resto de una desaparición del Otro (la muerte del padre) que la deja sin recursos frente al Otro (Dios castigador). Al menos resulta meridianamente claro que, para Paola, la experiencia del terremoto no se resume a una reseña de acontecimientos sucedidos (como los informados a repetición por los noticieros televisivos), sino que esta se entreteje en múltiples estratos para abarcar diversas épocas hasta incluir sus jóvenes 6 años. Evidentemente, rescatar aquella experiencia, liberarla de lo meramente experimentado para asimilarla –o, como se dice en nuestra poca agraciada jerga, elaborarla–, no basta con la mera catarsis. Ante todo, se requiere de un despliegue de la palabra singular en la que se realice la experiencia, se requieren de narraciones en el particular sentido que Benjamin supo darle al término.

No sería extraño que los partidarios de la promocionadísima noción de resiliencia dieran a este caso un cierto carácter paradigmático. Probablemente, subrayarían el relato de Paola con el objeto de enfatizar la capacidad de desplazar su

perspectiva y transformar su amarga vivencia en una oportunidad para desarrollarse y salir fortalecida, mediante un recorrido sincero por sus dificultades actuales y pasadas. Seguramente, agregarían la acción de importantes aptitudes afectivas y cognitivas, la facultad para desarrollar, mantener y sostenerse en sus redes de apoyo, la existencia de terceros relevantes con los cuales habría podido establecer apegos saludables o reparatorios, para mencionar solo algunas de las habilidades que impulsarían la resiliencia. Pero, por sobretodo, destacarían la aptitud que Paola habría demostrado para sobreponerse a la muerte de su padre y convertirse en un sólido apoyo para su madre y sus pequeños hermanos. Como el junco que se dobla pero siempre sigue en pie, Paola nos revelaría esa feliz cualidad de ciertos cuerpos físicos capaces de recuperar su forma original pese a ser sometidos a fuerzas suficientes como para ser alterados.

Frente a tales consideraciones, tan llenas de esperanza y simpatía, podría parecer amargo o desconsiderado de nuestra parte elevar algunas objeciones. De hecho, estaríamos ciertamente dispuestos a reservarnos nuestras críticas, si no fuera por el franco desprecio que esta optimista perspectiva alberga respecto de la punzante realidad del trauma y de su dimensión dramática. Al centrarse en las supuestas habilidades necesarias para enfrentar los acontecimientos adversos, la perspectiva de la resiliencia no solo tiende a oscurecer la virulencia del trauma para dejarlo incuestionado –casi, incuestionable. De igual modo, y por eso mismo, revela una perniciosa inclinación normalizante por la que se perfila la inquietante promoción de una división entre vulnerables e indemnes. Sin duda, aquellos que se sirven de la noción sostendrán que es cuestión de capacidades presentes o posibles de desarrollar en todo individuo, pero la precisión no elimina el hecho bien concreto de que, frente a un mismo evento, hay quienes lo resienten y quienes no lo hacen. A decir verdad, la teoría de la resiliencia no se diferencia en nada de lo que bien podría denominarse el mito del superhéroe, tal y como ha sido sistemáticamente expuesto en los cómics publicados por Marvel desde los años 60.

Pero la objeción que más nos distancia de la perspectiva de la resiliencia reside en lo que, precisamente, le resulta más fundamental, a saber, la naturaleza de aquello por lo cual se entabla una posible asimilación de lo traumático y, en consecuencia, el tipo de trabajo subjetivo que de allí se desprende. Para nosotros, los comienzos de elaboración que Paola pudo realizar en la entrevista no se derivan de las habilidades –o superpoderes– pesquisables en su relato, en su historia o en su biología. Muy por el contrario, se trata de la acción de algo muchísimo menos sofisticado y más cotidiano, a saber, el ejercicio por y en la palabra mediante el cual Paola se orientaba a restituir el Otro. En efecto, si la eficacia traumática del evento en buena medida depende de las condiciones del Otro por las que este no se encuentra en estado de responder a lo que su función le reclama, entonces, no



parece extraño que la asimilación del evento se resuelva, precisamente, a través de la restitución del Otro.

Al igual que los niños con sus padres, aunque de manera ciertamente diferente, Paola parece haberse orientado a recomponer al Otro en el seno de sus palabras. Su intensa inquietud por dejar de ser el pilar, por perder su firmeza como efecto del terremoto, no es para nada ajena a que ese fue, justamente, el lugar desde el cual ella parece haber podido asimilar –bien o mal– el estremecimiento implicado en aquella originaria perturbación del Otro que fue la muerte de su padre. El terremoto clausuró ese lugar, necesita imperiosamente de otro, mientras que, desviado de su función, tampoco el Otro se encuentra en posición de insinuarle alguno. No obstante, aún le quedan las palabras por las cuales escudriñar, explorar, cuestionar, preguntarse, interrogar al Otro, preguntarse interrogando al Otro; y ello, en el espacio mismo del Otro, por cuanto las palabras provienen del campo del Otro (nadie crea su propia lengua, siempre la recibe del Otro). En tal sentido, el despliegue de la palabra impulsa un trabajo subjetivo que, en y con el Otro, apunta hacia la recuperación del Otro. Pero, a su vez, también convoca un posicionamiento subjetivo en la medida que si el sujeto toma efectivamente la palabra –y no se extravía en un parloteo vacío–, entonces no sabría hablarla sin hacerlo desde un cierto lugar. Así, al impulsarse hacia una reversión del Otro, el sujeto promueve la restauración de su propia posición en y frente al Otro.

## V

Se nos dirá que todo esto es una manera bastante complicada de dar cuenta del ejercicio de una habilidad para la cual la perspectiva de la resiliencia dispone de formulaciones mucho más simples. Pero nuestra diferencia no es una divergencia meramente terminológica, sino que una discrepancia doctrinaria fundamental. Mientras la noción de resiliencia identifica la cuestión en la dimensión del daño sufrido o, para ser más exactos, de la adversidad domeñada; nosotros situamos la problemática en el nivel de los destinos del vínculo entre el sujeto y el Otro o, en términos algo diferentes, en el nivel de las vicisitudes del lazo social. Pues, como bien lo ha sostenido Viñar (2009), aquello que al inicio se encuentra radicalmente sacudido por el trauma, no es directamente la víctima, sino que los fundamentos mismos del lazo social. Lo cual no implica menospreciar la violencia vivida, el daño sufrido, la conmoción padecida, ya que la presencia misma de estas representa la expresión palmaria de un lazo social lastimado, incapaz de amortiguarlas.

A este respecto, los saqueos, la militarización de los barrios, la negligencia de las inmobiliarias o la declaración del estado de emergencia, resultan atterradoramente

reveladores. ¿Acaso estos eventos no encarnan, de una u otra forma, unas enojosas indicaciones del más vívido deterioro del lazo social? Es innegable: aquel 27 de febrero el lazo social sufrió una violenta convulsión. Basta recordar la tremenda desconfianza que, rauda, se amparó de los rincones de la azolada Concepción, sembrando en hombres y mujeres una deletérea suspicacia hacia sus semejantes. Movidos por ella, muchos blandieron sus garrotes, empuñaron sus cuchillos, desfundaron sus pistolas: cosa de esperar bien preparados la pronta emboscada, mientras un “¡o tú, o yo!” martillaba en sus cabezas. Sí, el terremoto cosechó cizaña. Esa misma que alimenta la barbarie moderna que Benjamin (1933) reconoció en el fundamento del contemporáneo empobrecimiento de la experiencia.

Ahora bien, tal y como se sugirió más arriba, el lazo social no es de ningún modo ajeno a las vicisitudes del vínculo del sujeto con el Otro. En efecto, las complejas relaciones que, en el seno de lo social, se entretajan entre el sujeto y los otros (sus semejantes), no sabrían articularse sin la mediación del Otro. Del mismo modo que cuando hablamos nuestras palabras no se articulan siguiendo el arbitrio de nuestro capricho, sino que en virtud de reglas que trascienden y dominan nuestro decir. Igualmente, las relaciones con nuestros semejantes no se ordenan según los afanes de nuestras conveniencias, sino que en función de normas que nos preceden y nos sobrepasan. Estas reglas del lenguaje y estas normas de lo social, dan cuenta de la incidencia de una instancia por entero extranjera al sujeto: la instancia del Otro (Cf. Lacan, 1957-58). Así, las relaciones del sujeto con los otros se revelan tan atravesadas por la incidencia del Otro que el tenor de estos vínculos en buena parte dependerá de la relación del sujeto al Otro. Consistentemente, los vaivenes de la relación entre el sujeto y el Otro, en especial si implican una destitución del Otro, necesariamente redundan en la relación del sujeto a los otros, es decir, en el lazo social.

Pero si, como vimos, la asimilación del evento traumático pasa por la reconstitución de la relación del sujeto con el Otro mediante el despliegue de la palabra, entonces, la elaboración de la catástrofe por el ejercicio del habla es, al mismo tiempo, la forma de recomponer el lazo social estremecido. Solo ahora podemos dimensionar plenamente la relevancia, la radical importancia, de aquella marea de narraciones que, rescatando la experiencia de lo experimentado, fueron incesantemente relatadas en cada calle, en cada casa, en cada plaza, de nuestro país. Narrando y volviendo a narrar al de aquí, al de allá, al de más allá y al de mucho más allá, cada chileno se encontraba en un trabajo de asimilación mediante el cual restaurar el lazo social perturbado a través del despliegue de la palabra, es decir, en y con el Otro.

En todo caso, pese a ser compulsivo, aquella vocinglera práctica de la palabra, nada tiene de obligada. Nada más ajeno a esa palabra que aquella exasperante e

iterativa conminación de los expertos a hablar y hacer hablar del terremoto. Pues el valor de la palabra cedida, no es el mismo que el de la palabra forzada. Ya que la exigencia de tomar la palabra, no es lo mismo que tomarse la palabra. La palabra obligada fuerza al sujeto a hablar desde un lugar ajeno, precisamente aquel desde donde se lo conmina al habla; mientras que el tomar la palabra necesariamente implica al sujeto en la medida que, por ese mismo acto, se encuentra llamado a hacerse responsable del lugar desde donde habla.

¿Y de que nos perdimos, entonces? No nos queda ninguna duda: nos perdimos de poder participar de aquella parlanchina reconstitución del lazo social y, por eso mismo, quedamos fuera de aquel ejercicio constitutivo de lo social en cuanto tal. No habiendo experimentado el terremoto, difícilmente podíamos rescatar la experiencia del mismo en la palabra. Nuestras narraciones no eran sobre el terremoto y, en razón de ello, mal podían participar en la recomposición de lo que este había estremecido.

Ahora, pasado el tiempo y habiendo experimentado algo del terremoto –tanto por sus vestigios, como por las palabras que escuchamos–, pareciéramos estar en mejores condiciones para recobrar algo de aquella experiencia mediante nuestras propias palabras. Quizás este escrito no tenga otro destino que ese: articular la narración mediante la cual transmitir nuestra experiencia. Al menos, buena parte de esta son narraciones. Narraciones sobre narraciones, narraciones de narraciones, narraciones en narraciones, donde las experiencias propias y ajenas se enlazan. Sinceramente, esperamos que, al tomarnos palabra, podamos llegar a contribuir en algo a la reconstitución de nuestro malogrado lazo social (y no solamente por efecto del terremoto). De ser así, habremos hecho nuestro breve aporte a la irrenunciable tarea de entorpecer el avance de la barbarie moderna o, al menos, habremos aprovechado la oportunidad de resistirnos a ella, recobrando algo de lo perdido.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barthes, R. Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977. En su: *El placer del texto y Lección inaugural*, 2007. México, Siglo XXI, 1977. pp. 113-150.
- Benjamin, W. Sobre el lenguaje en general y el lenguaje de los hombres. En su: *Iluminaciones II*. Madrid, Taurus, 1999. pp. 21-120.
- Benjamin, W. Experiencia y pobreza. En su: *Discursos interrumpidos*. Madrid, Taurus, 1998. pp. 167-173.
- Benjamin, W. El narrador. En su: *Iluminaciones IV*. Madrid, Taurus, 1991. pp. 111-134.
- Bion, W. *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2003.

- Bion, W. Volviendo a pensar. Buenos Aires, Hormé-Paidós, 2006.
- Castel, R. La inseguridad social. Buenos Aires, Manantial, 2006.
- Freud, S. Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En su: Obras Completas. vol. 3 Buenos Aires, Amorrortu, 1998. pp. 157-184.
- Freud, S. Más allá del principio del placer. En su: Obras Completas. vol. 18. Buenos Aires, Amorrortu, 1998. pp. 1-62.
- Freud, S. Psicología de las masas y análisis del yo. En su: Obras Completas, vol. 18. Buenos Aires. Amorrortu, 1998. pp. 63-126.
- Freud, S. Inhibición, síntoma y angustia. En su: Obras Completa. vol. 20. Buenos Aires, Amorrortu, 1998. pp. 71-164.
- Freud, S. Moises y la religión monoteísta. En su: Obras Completas. vol. 23. Buenos Aires, Amorrortu, 1998. pp. 1-132.
- Lacan, J. El seminario - Libro 5. Las formaciones del inconsciente (1957-1958). Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Lacan, J. El seminario - Libro 10. La angustia (1962-1963). Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lévi-Strauss, C. La eficacia simbólica. En su: Antropología estructural. Buenos Aires, EU-DEBA, 1968. pp. 138-185.
- Viñar, M. El enigma del traumatismo extremo. Notas sobre el trauma, la exclusión y su impacto en la subjetividad. En: R. ACEITUNO (comp.). Espacios de tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización Santiago, Universidad de Chile, 2010. pp. 95-103.
- Winnicott, D. W. Objetos y fenómenos transicionales. Estudio de la primera posesión “no yo”. En su: Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona, Laia, 1979. pp. 313-330.
- Winnicott, D. W. La distorsión del yo en términos de verdadero y falso self. En su: Los procesos de maduración en el niño y el ambiente facilitador. Buenos Aires: Paidós, 1993. pp. 182- 199.